

Canarias y Descartes



filosofía

La pregunta "quiénes somos" es una de las preguntas de mayor relevancia existencial, interpuesta entre el "de dónde venimos" y el "hacia dónde vamos". Esta interrogación dolorosa, aureola nuestra estancia en la tierra, esta esfera física que los seres humanos también han traspasado a la esfera simbólica, es lo que llamamos sintéticamente "el pensamiento".

Las convenciones sociales son la materia prima de este último. El "cogito ergo sum" de Descartes, el "pienso, luego existo", principio humano que el filósofo francés redujo a su mínima expresión, marca las pautas de la batalla que se libran los pensadores desde los principios de la civilización: él que dice la verdad sobre lo que pensamos, dice la verdad sobre quienes somos, y, definiendo de esta manera la "verdadera" naturaleza humana, puede definir cuál debería ser su organización perfecta. Aquí está el núcleo filosófico, ontológico de nuestra civilización. A cada utopía, a cada organización social, que sea el capitalismo, el comunismo, la monarquía, etc., le corresponde un discurso fundamental sobre el ser y los valores del hombre. La filosofía fabrica las sociedades. De ahí su importancia vital para la sociedad humana y el peligro de que, cuanto mayor sea el olvido de la filosofía, mayor sea la capacidad de nuestros dirigentes de interpretar a su manera los principios que rigen nuestra organización social sin encontrar resistencia por parte de la ciudadanía sino una morosidad tan árida como impotente.



Gerardo Suter, *Serie Circulaciones* (2000)

La respuesta al vacío actual en cuanto a perspectivas políticas tiene que venir de una filosofía renovada, respaldada por la capacidad ilustradora de las artes, que exponen de una manera directamente entendible estos principios que a tantas cuestas la filosofía intenta explicar. La percepción directa de los principios que permite la creación artística democratiza el debate filosófico.

Para llegar a esta renovación de la filosofía y de las artes, a lo que sería un rejuvenecimiento del espíritu, debemos tener claramente presente el contexto social y las convenciones que guían nuestra concepción de la identidad, del ser y de los valores del hombre. Esta conciencia nos permitiría desenmascarar los intentos ideológicos y las ambiciones políticas que se esconden detrás de la respuesta dada a esta cuestión (nacionalismo, caciquismo...) y nos permitirá crear una filosofía abierta pero no exclusiva.

Un ejemplo sencillo, canario, nos permite aclarar este afán ideológico que conduce nuestra reflexión existencial sobre la naturaleza del hombre. "¿Qué es ser canario? ¿Es ser africano, americano, europeo, español, isleño, tinerfeño, canarión, conejero, gomero...? ¿Qué es importante, fundamental? ¿Ser canario o sencillamente, lo que no es sencillo, ser hombre?"

Aquí se mezclan varios conceptos, él de la comunidad, de sus lazos culturales, él del individuo, que no sabe cómo definir su espacio vital en el seno de la comunidad, él del pasado, comunitario (la historia) e individual (la experiencia)..., todos aquellos planteamientos profundamente enraizados en la noción de herencia y de sociedad, de la convivencia entre pasado, presente y futuro, esta tridimensionalidad del tiempo que abre a nuestra entendimientos perspectivas infinitas como la referencia a un espacio que en el caso de Canarias es a la vez tricontinental, ocho veces isleño, peninsular... Dentro de este abanico de referencias caben todas las interpretaciones

Por ello, la definición del "ser hombre" debe salir del regionalismo para llegar a la universalidad. Tiene que salir de este callejón en el cual la demagogia más interesada intenta encerrarla para luego aprovecharse de ella. Es más provechoso, políticamente, pensarse en contra de los demás que con ellos. Es más fácil pensarse como distinto que como semejante porque esta última postura nos obliga a tratar al otro como miembro de nuestra comunidad, a hacerse responsable de sus miserias e intentar remediar a su explotación. Si el otro es semejante, tiene los mismos derechos que yo, unos derechos que no se adquieren por nacimiento, dentro de tal u otro territorio, sino que son innato, por el mero hecho de ser humano. Si pensamos, entonces somos una misma comunidad de seres pensantes.

La isla de Utopía de Thomas Moore (1516)

La comunidad canaria tiene un papel esencial en esta nueva definición de la comunidad y del "ser hombre" que acabamos de definir en el párrafo anterior. Este abanico de referencias culturales que nombramos refleja la historia de una sociedad abierta, que resulta de numerosísimas fusiones y que como tal, es universal. La definición del canarismo, que tiende actualmente a la fragmentación (tinerfeñismo...), es una reducción condenable e irresponsable del pasado canario, que confunde los elementos externos de su cultura, el folklore y las tradiciones, con las nociones de valores, de ética, de política en un sentido amplio. ¿Por qué? Porque es más fácil hablar de folklore que de moral política. Es más fácil salvaguardar las tradiciones que proponer una reflexión sobre el devenir de la sociedad y plantear su responsabilidad como comunidad rica frente a un mundo que no para de ahogarse en la barbarie del egoísmo y del individualismo hecho religión. Es más fácil hablar de manifestaciones culturales que de cultura.

Si pienso que pensamos, si pienso que somos, entonces debo actuar. No hablo de justicia ni de moral sino de mera lógica. Si compartimos la facultad de pensar, ¿por qué no la riqueza? ¿Una cosa y no la otra? Esta actitud es reflexiva, filosófica, y si la filosofía no recupera el terreno de la universalidad, lo harán los intereses de los individuos y de las comunidades con más recursos materiales, que surcan el planeta a la búsqueda de su mayor provecho y de la máxima acumulación de poder para que su reino sea posible.

Por ello, el planteamiento de la universalidad no es idealista sino pragmático. No se trata de metafísica sino de filosofía aplicada a la política y a la sociedad. El hombre tiene todos los elementos en sus manos para ganar o perder la batalla del siglo 21 puesto que si no reinventamos la comunidad, lo harán los intereses privados.

El canario, a la confluencia de este conflicto, como heredero de un pasado multicultural, no debe encerrarse en un océano de bienestar que le aleja de sus hermanos humanos sino entrar de lleno en el campo de batalla, con la vitalidad de una sociedad joven que todavía sabe lo que es no ser nadie por ser pobre, no ser por no tener. Esta lucha, respaldada por una filosofía renovada y por las artes, es la respuesta más contundente a la morosidad en la cual se complace el isleño, convencido de que la culpa la tiene los demás, los que con tanta frecuencia le oprimieron cuando todavía era un simple campesino, preocupado más por sobrevivir que por vivir, y gozar.

Brice Payen